

Cervezas existenciales

Nada más sonar la alarma del teléfono móvil, Esteban se incorporó a regañadientes sobre su cama. Eran las ocho y media de la mañana de un sábado y, como de costumbre, había madrugado para estudiar, aunque por su parte habría dormido hasta el mediodía. Lo primero que hizo fue orinar, lo que consideraba el mejor momento del día porque, hasta entonces, nada le había podido amargar la nueva jornada. Mientras se la sacudía pensó en aquellos imbéciles de su edad que habrían estado de fiesta durante toda la noche y que, en ese momento, dormirían como unos lirones alcoholizados, a la espera de una prevista, y no por ello menos molesta, resaca. No les envidiaba, estaba convencido de que podía, y tenía, que aspirar a mucho más que a divertirse porque sí, bebiendo hasta perder el sentido. Sin embargo, a menudo pensaba que estaba desperdiciando los mejores años de su vida, cuando la irresponsabilidad de la juventud le pedía hacer determinadas tonterías. Y ese tiempo, una vez pasado, no lo recuperaría nunca, recordándole con amargura que, por muy responsable y formal que uno quisiera ser, había estupideces que sólo podían hacerse en aquella etapa si algún día quería valorarla como algo importante de su vida.

Llevaba años lamentando que la vida no había sido justa, ni lo sería nunca, con él, sobre todo tras su paso por la Educación Secundaria Obligatoria. Pretender ser una buena persona con los demás nunca le había sido de provecho. La experiencia le había enseñado que sus padres le mintieron cuando le educaron con esa idea; por las malas, había aprendido que en esta vida no triunfan los abanderados de la honradez y la bondad, sino quienes mejor saben ocultar su desprecio hacia estas actitudes pese a profesar públicamente su adhesión. Vivía en la época de la doble moral, de la separación irremediable entre los actos personales y lo que a uno le pudiera parecer mejor o peor; era una época en la que tener principios, daba igual cuáles, estaba mal visto y suponía un estorbo para todo el que estuviera empeñado en defender algo que abarcara algo más allá de su propio trasero. En aquel mundo, simplemente, el bien y el mal no existían, sino que dependían de la perspectiva con la que se analizara cualquier suceso. En la era del relativismo no contaban con un sitio para él. Le habían convertido en un ser gris y desagradable, con un alma emponzoñada por el odio hacia aquella sociedad; su único deseo, lo que más anhelaba, era destruirla y no pararía hasta que quedara reducida a escombros, llevándose consigo a los responsables de su desgracia.

Orinar, limpiar la taza del váter –compartía la misma mala costumbre de salpicarla que el resto de los hombres—, lavarse los dientes y peinarse daba para pensar en todo aquello y en más. Aquel rencor le mantenía con vida y era el único acompañante fiel que había conocido en sus diecinueve años de vida. Sin la esperanza de ver cumplida su venganza contra aquel mundo detestable y a causa del temor que Dios le provocaba, es posible que se hubiera quitado de en medio arrojándose al Tajo. La idea le rondaba de vez en cuando, pero incluso a él le parecía una memez propia de un crío.

Se miró al espejo. Ahí estaba la cara desagradable de todos los días. “*¡Quién te ha visto y quién te ve, con lo guapo que estás en las fotos del parvulario!*”, pensaba mientras intentaba peinarse. Debía hacer una visita al peluquero cuanto antes,

después de tres meses parecía que llevaba una peluca a lo afro con un pelo liso y castaño claro. *“Peor aspecto tiene la duquesa de Alba”*, pensó como consuelo, *“y a mí al menos se me entiende cuando hablo”*.

El desayuno que le esperaba no era nada especial, sólo un vaso de leche. Claro que muchísimo menos tenían millones de personas en otras regiones del planeta; a su lado, iba a disfrutar de un manjar divino. Calentó el vaso en el microondas y esperó. No le apetecía estudiar, sólo quería dormir. Tenía sueño y le duraría hasta la tarde. Y era muy desagradable estudiar cuando cada dos por tres se le cerraban los ojos por el cansancio. Pero no le quedaba más remedio. No podía ni sabía hacer otra cosa.

Leía un folio. Después, el siguiente. Y otro más. Así, hasta estudiar el tema entero. Al cabo de un rato, no se acordaba de la mayor parte de lo que acababa de leer. Volvía a releerlo y descubría palabras que antes habían pasado delante de sus ojos sin que se diera cuenta. Era frustrante. Después se llamaba gilipollas, inútil y fracasado. Ni consigo mismo era capaz de llevarse bien.

Lo peor de todo es que hubo una época en que había sido más inteligente que la mayoría. Quizá se creyó demasiado listo y sufría un castigo divino por su soberbia. O puede que nunca supiera explotar su talento. Lo único que sabía es que, aunque Humanidades era algo asequible para la mayoría, Esteban necesitaba echar muchas más horas de las deseadas para aprobar. Lo achacaba a que en su cabeza tenía demasiados pensamientos pululando sin parar en los momentos más inoportunos, por eso se había planteado estudiar Filosofía; pero, tras meditarlo con calma, se decantó por Humanidades. No había tenido valor para luchar por ese sueño, sobre todo porque le aterraba la idea de vivir fuera de su entorno y rodeado por completos desconocidos. Un año después de aquella decisión, y a pesar de su miedo al cambio, deseaba terminar sus estudios para salir al mundo y demostrar que algún día no se achantaría ante las adversidades que pudiera encontrar. Se imaginaba pisando cabezas, siendo el primero frente a otros y aprovechando cada oportunidad; en resumen, soñaba despierto imaginando que era alguien diferente al de su vida real. Era otra forma de onanismo esclavizante y patético, un modo de abstraerse del mundo.

Esteban se encontró abrumado por los remordimientos. Había perdido media mañana leyendo unos papeles cuyo contenido no recordaba. Así un día tras otro y otro más... Con una mezcla de rabia y vergüenza, cogió el teléfono móvil. Su agenda era muy escasa, así que no tardó mucho en valorar sus posibilidades. Optó por llamar a Sebastián, un antiguo compañero de instituto que estudiaba Derecho y con el que solía quedar algunas veces para tomar cervezas. No era exactamente su amigo, ya que Esteban no creía en la amistad; sólo era uno de los pocos compañeros de clase con quien había tenido buen trato durante los años de instituto y no tenía ningún problema en hablar con él durante más de media hora. A Sebastián le era indiferente con quién tratar en su tiempo libre, siempre y cuando los demás estuvieran dispuestos a salir por las zonas que fueran de su agrado; de lo contrario, no tenía ningún interés en aguantar a otros individuos que, en la mayoría de las ocasiones, le resultaban muy indiferentes.

La llamada se mantenía en espera y, justo cuando Esteban se iba a dar por vencido y a colgar, pensando que Sebastián seguiría durmiendo, una voz somnolienta salió del otro lado del aparato:

—¿Sí? ¿Qué quieres a estas horas?

—Buenos días, Sebas, ¿te he despertado? – preguntó estúpidamente Esteban.

—¡No, me acabo de despertar ahora! –ironizó Sebastián entre resoplidos— ¿Tú qué crees? ¡Ni te imaginas el resacón que tengo de anoche! —Es que algunos vivís muy bien... ¿Has oído lo de que la resaca se quita con cerveza? —Sí, eso una leyenda urbana... Qué pasa, ¿te apetece salir hoy? —Estoy que no estoy...No sé si me entiendes... —No te entiendo, pero me apunto a tomar unas cervezas esta

noche... Ayer bebí garrafón y hoy prefiero salir en plan tranquilo. —¿Te parece bien que quedemos a las once en *El Oasis*? —Por mí genial. Venga, ¡hasta luego! Sebastián colgó la llamada antes de que Esteban pudiera despedirse. En ningún momento se lo tomó como una falta de respeto. Por muy poco que le agradase la idea, Esteban necesitaba tratar con gente de su edad, aunque fuera muy de vez en cuando, si no quería volverse loco ni consumirse en la soledad de sus delirantes pensamientos; y lo mismo hacía Sebastián cuando sólo trataba con otras personas durante los fines de semana en lo que le parecía disfrutar de la vida. No tenía nada que reprocharle: ambos buscaban solamente la compañía justa y necesaria del prójimo, evitando caer en roles sociales absurdos y, sobre todo, falsos. Y para tomar una cerveza bastaba con alguien dispuesto a compartir un rato de su tiempo, no era necesarias palabras grandilocuentes ni elegías a la amistad de ningún tipo.

Cuando llegó la hora de irse, Esteban estaba arreglado sin pasarse con la formalidad de la ropa. Valoraba la puntualidad; así que, tras asegurarse de llevar en un bolsillo la cartera y las llaves, salió de su casa previa solicitud de dinero a sus padres; éstos no destacaban por ser generosos con su paga semanal, pero con el tiempo había aprendido a administrarse.

Una vez pisó el asfalto de la calle, se fijó en varios grupos de personas congregados en una parada de autobús: chicas adolescentes ataviadas con tacones y minifaldas, que cualquier perverso confundiría con las pobres mujeres que alquilaban su cuerpo en el polígono industrial que había más allá de las afueras de Toledo; chavales con pinta de raperos y con los pantalones caídos por debajo del culo, que hablaban a gritos, como si fuera imprescindible que el resto de los seres humanos supieran qué nuevo grupo de música o artista les gustaba; pandillas de jóvenes ataviados con una indumentaria oscura y siniestra, a la que añadían unas botas con plataformas parecidas a las que empleaban los transexuales en el llamado *Día del Orgullo Gay*... Eran tan vagos que preferían esperar el autobús antes que andar por una ciudad pequeña. Había más personas en la calle, con una indumentaria diferente y, sobre todo, más normal, pero esos tres grupos en concreto representaban para

Esteban la decadencia de la sociedad de su tiempo por ver reflejados la promiscuidad sexual, el culto a lo vulgar y la exaltación del mal. “*Como sociedad merecemos la extinción*”, pensaba Esteban con amargura mientras contemplaba de reojo a aquella gente, “*sin duda*”. Por suerte, les perdió de vista enseguida; algo que le alivió porque, a su lado, se sentía como Charlton Heston en *El planeta de los simios*.

Desde su casa hasta el bar le esperaba un buen paseo. Vivía en Buenavista, un barrio construido en los años del tardofranquismo pero que, al contrario de lo sucedido con el casco histórico, había visto ampliada su población durante las últimas décadas. El tamaño de las viviendas era aceptable, incluso contaban con el “lujo” de tener en el vecindario un colegio religioso de los Hermanos Maristas donde acudían los hijos de todo aquel que no tuviera prejuicios en soltar su dinero a la Iglesia Católica –de ese modo, no sólo estudiaban allí los hijos de la alta sociedad toledana conservadora, sino también los de la alta sociedad toledana *progre*—. Por más que se modernizara, Toledo no dejaba de ser una ciudad de funcionarios y de beatos que acudían religiosamente cada domingo a misa –muy distinto era que esos feligreses, en su vida cotidiana, fueran los piadosos hombres y mujeres que aparentaban ser—. La impresión de Esteban era que las calles estaban cada día más sucias y que, una de dos, o los barrenderos no cumplían adecuadamente con su trabajo o la gente cada día era más guarra; se inclinaba por la segunda opción, ya que era normal salir a la calle y ver a los perros defecando en mitad de la acera sin que el dueño recogiera la mierda del suelo, eso por no hablar de la mala costumbre de los chavales de tirar las bolsas de pipas y las latas de los refrescos al suelo en lugar de utilizar las papeleras.

No obstante, dejando a un lado la cada vez peor imagen del barrio, no se vivía mal allí. Al contrario, a Esteban le alegraba que su padre también fuese hijo único y que su difunta abuela tuviera que dejarles en herencia la casa donde vivían; si no, con un padre albañil y con una madre dependiente de supermercado, lo habrían tenido muy complicado para comprar una casa en Buenavista durante los años de la burbuja inmobiliaria. Antes de la crisis, su padre solía decir que formaban parte de la clase media-baja, acercándose a la media; pero el desplome del sector de la construcción les situó más cerca de la baja, más aún cuando su padre estuvo temporalmente en paro durante medio año; en cambio, su madre tenía una flor en el culo que le permitió salvarse del despido en una reducción de plantilla que había tenido lugar un año antes en el *Mercadona* donde trabajaba.

A Esteban le bastaron diez minutos para llegar desde el barrio de Buenavista hasta el de Reconquista, atravesando la larga calle principal de la Avenida de Europa, mientras lamentaba cómo todo el país se iba cada día más a la mierda. Junto a él, varias parejas paseaban su aparente amor en un parque colindante al tiempo que un número indeterminado de chavales de trece años se liaban un porro en el recoveco de las gradas de una instalación deportiva.

En cuanto pisó el bar, Esteban se sentó frente a la barra en uno de los pocos sitios libres que encontró y pidió al camarero una cerveza. Sebastián, fiel a sus costumbres, no había llegado y posiblemente tardaría otros diez minutos, a pesar de vivir al lado en el barrio de Santa Teresa y de tener *El Oasis* a cinco o siete minutos de su casa.

A su alrededor, unos cuantos grupos hablaban y reían sin parar de cualquier gilipollez. *El Oasis* ofrecía un buen lugar para charlar junto a una cerveza, contando también con un billar y un fútbol en un extremo del local. Aunque no era un espacio muy grande, los propietarios del negocio sabían cómo explotar al máximo el bar, que era el mejor de los situados fuera del casco histórico de la ciudad si alguien deseaba disfrutar del sábado noche con gente que no estuviera tirada por el suelo. Lo habitual es que estuviera lleno, aunque uno podía moverse por el local sin grandes problemas. El público habitual lo formaban jóvenes de entre dieciséis y treinta años; y una de las grandes ventajas, y de lo que otros bares no podían presumir, era que la gente problemática no frecuentaba aquel sitio. Pero, por encima de todo, la gran baza estaba en que su cerveza era la más barata de la ciudad.

—¿Qué tal estás? —Sebastián le sorprendió apareciendo por detrás antes de lo previsto y dándole una palmada en el hombro— Oye, tío, ¿por qué no te creas un perfil en *Facebook* o en *Tuenti* y me envías un mensaje por ahí?

Sebastián medía más o menos lo mismo que Esteban, alrededor del metro setenta y cinco, aunque se encontraba en mejor estado de forma. Esteban lo achacaba a que su monótono y ultra sedentario estilo de vida le consumiría hasta dejarlo en los huesos, aunque tenía la esperanza de abandonar Toledo antes de que eso sucediera. Sebastián le había propuesto ir algún día con él al gimnasio de la universidad, pero siempre se negó. No se sentía cómodo en ambientes desconocidos.

—No me gustan las redes sociales —respondió Esteban a la enésima propuesta de Sebastián sobre crearse un perfil en una red social— ¿Qué sentido tiene hacerse fotos con gente para luego verse en el ordenador?

—Así no me despertarías por las mañanas —dijo Sebastián resoplando, quitándose el sudor de su frente y de su flequillo rubio rizado. —Te he llamado cuando eran más de las doce, así que ya era por la tarde.
—No sé qué hora era. Pero me has despertado y, créeme, tenía un poco de resaca. No es agradable despertarse de ese modo.
—Lo siento... Pero ya se te ha pasado, ¿no?

—Sí, me encuentro mejor. Gracias a que he apagado el móvil por si a alguien más se le ocurría llamarme. Me volví a dormir.

—A ti te querría ver estudiando un sábado por la mañana... —¿Y por qué lo haces? ¡No seas *pringao*! ¡Anda que no tienes días a lo largo de la semana para hacerlo! Sebastián también pidió una cerveza y se sentó a su lado. Por el aspecto, no se había preocupado mucho de arreglarse; es más, seguía teniendo resaca. Entre su aspecto y su forma de ser, a Esteban le recordaba a Macaulay Culkin, el niño prodigio de *Hollywood* al que todos querían hasta que se convirtió en un alcohólico. Tras dar el primer sorbo al botellín, Sebastián le preguntó:

—A ver, cuéntame... ¿Cómo es que te ha dado por salir hoy?

—Ya te lo he dicho esta mañana... Perdón, al mediodía... Esta- ba que no estaba.

—¡Tú siempre estás que no estás, dime algo que no sepa! ¿No te habrás enamorado de alguna o algo así?

—¿Tú estás loco? ¿Cómo me voy a enamorar yo? Eso es un en- gañabobos, un timo de esta sociedad consumista en la que vivimos. —Haces bien, eres un chico listo. Que no te tomen el pelo, como me ha pasado a mí.

Esteban le miró sin comprender por qué había dicho eso. Al cabo de unos segundos, recordó que la última vez que habló con él, dos o tres semanas antes, le había estado comentando que empezaba a salir con Lucía, una chica que se juntaba con el grupo de gente con el que trataba Sebastián en su tiempo libre.

—¿Ya lo habéis dejado? —le preguntó Esteban— Mira que te du- ran poco las novias, *jodío...*

—Fue culpa suya —se excusó Sebastián al instante— ¡Yo siempre fui un novio ejemplar!

—Sí, lo mismo dijiste cuando te dejó Alicia en segundo de Bachillerato...

—¡Eso fue distinto, Alicia estaba empeñada en presentarme a sus padres y a mí eso me cortaba el rollo! Yo seré muchas cosas, pero no puedo mirar a la cara a nadie sabiendo que lo único que me interesa de su hija es echarle un polvo... Pero no me distraigas: Lucía, de cara al resto de la gente, era muy maja y muy agradable, pero luego en privado era una cabrona. Se quejaba siempre de que nunca le regalaba nada. ¡Joder, ni que fuera hijo de banquero o de ministro!

—¿No será que le has pedido que te hiciera algo fuera de lo normal?

—¡Eso no tiene nada que ver! Sí, ella lo ha puesto como excusa, decía que estaba obsesionado por acostarme con ella... ¡Pero dime si no para qué quiero salir con una chica! ¿Para hacer punto de cruz en su casa? Además, que se queja de eso pero me juego el cuello a que ahora estará la muy puta con las bragas bajadas frente al típico niño rico al que su papá le ha comprado un coche de lujo, de esos caros y de marca alemana... Seguro que si tuviera un cochazo así y una cartera llena de billetes me habría hecho de todo la muy... En fin, mejor me callo. Lo peor es que ahora mis amigos me culpan de que ya no quiere venirse con nosotros los sábados... ¡cuando esa situación la hemos vivido con otros del grupo y nunca se les ha reprochado nada!

—Qué malas pueden llegar a ser las mujeres, ¿eh? —comentó Es- teban con sarcasmo tras escuchar las amargas protestas de Sebastián. —¡Vaya novedad! —respondió Sebastián— Aunque, sin ánimo de ofender, ¿desde cuándo eres tú un experto en la materia? ¡No me digas que te han descorchado ya!

—No hay que ser catedrático para saberlo. Podrán ser muy bellas y con un aspecto

muy dulce –se justificó Esteban—, pero en el fondo son puro interés. Lo llevo viendo desde el instituto

—El caso es que tengo razón –insistió Sebastián— ¿Ves a ésa de allí, la que está junto al pijo?

Se refería a una chica morena, con una estatura normal y que vestía excesivamente bien en comparación con el resto de féminas que aquella noche disfrutaban de su tiempo de ocio en *El Oasis*.

—¿El que parece el nuero de Rajoy? –preguntó Esteban.

—Sí, seguro que aparenta ser más de lo que es en realidad. Estoy convencido de que ese pibón terminará la noche con la cara en su entrepierna.

—Van a comerle la polla a un tío esta noche... ¡Vaya novedad! –nada más soltar aquel sarcasmo, Esteban reparó en que una chica sentada al lado le puso mala cara, pero él insistió— ¡Qué digo a uno! ¡Esta noche se la comerán a mil! ¿Sabes? En el fondo son como las princesas de los cuentos; sólo que ahora, en lugar de besar sapos, van catando una polla tras otra hasta que encuentran a un imbécil que las mantiene y les da todos sus caprichos.

—Si un tío está forrado, no tienen ningún escrúpulo en llevár- sela a la boca — hablaba con eufemismos para no escandalizar a la gente—, por muy gilipollas que sea el personaje; pero a los honrados ni nos miran, y si nos miran es para rechazarnos y reírse de nosotros.